

## CAPITULO IX

### LAS DECLARACIONES DE MR. HARDENBURG

Profunda deuda de gratitud debe el público a Mr. W. E. Hardenburg, porque, debido a las revelaciones por él hechas al editor de *Truth*, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra resolvió entrar en acción, haciendo una investigación independiente sobre la verdadera situación del Putumayo. En su libro titulado *El Putumayo* figura un relato detallado de sus viajes sensacionales en esa región en 1907 y 1908. Aunque recomendamos vivamente a nuestros lectores el estudio de ese libro, no nos proponemos analizarlo aquí detalladamente. Nos limitaremos a indicar los hechos y opiniones que sirvan de base a las afirmaciones que hemos hecho en estas páginas.

Menciónanse allí especialmente los esfuerzos hechos últimamente por los colombianos para llevar el cristianismo a esa región. Allí se describe a Santiago como una aldea de cincuenta chozas alrededor de una iglesia construída por los capuchinos para la conversión e instrucción de los indios, en la cual dirigen el servicio cinco o seis religiosos. En Sibundoy hay un convento de Capuchinos; allí ha establecido su residencia el Padre Prefecto, jefe de las

misiones capuchinas en los territorios de Caquetá y Putumayo. En 1907 se construía otro convento. Los indios de Mocoa, ciudad que menciona Mr Hardenburg como capital del territorio del Putumayo, profesan el cristianismo y tienen conocimiento limitado del castellano. Con el fin de predicar a los indios, los religiosos de Mocoa se dirigen frecuentemente a Guineo, lugar del Alto Putumayo, en donde se levantan una iglesia y un convento. Los indios de esa región reciben el nombre de *ciones*, como prueba de que en esa región se han efectuado negocios con blancos, debe mencionarse el hecho de que esas tribus llevan machetes y escopetas, introducidos allí por los colombianos, y adornan sus cuerpos con cuentas y baratijas de la misma procedencia. Añade el viajero: "Esos indios son hoy indolentes y pacíficos; las guerras intestinas, antes frecuentes y terribles, han desaparecido hoy, gracias a la enseñanza de los religiosos." En la pequeña aldea de San Diego todos los habitantes salieron a recibir a Mr Hardenburg y a su compañero Materón, colombiano que había figurado como socio de la Casa colombiana Martínez y González, y que era, por lo que parece, muy popular entre los indios. Mr. Hardenburg describe el establecimiento de Materón diciendo que constaba de una casa grande de dos pisos donde reinaba la más estricta moralidad. González no permitía allí que se cometiera ningún abuso con los indígenas. Según el autor, los peones vivían allí tranquilos y contentos, "toda la región

había sido colonizada desde un principio por los colombianos, quienes fueron despojados por los peruanos” hasta el punto de que en enero de 1908 solamente quedaban en pie tres empresas colombianas

Cuando la noticia de los crímenes llegó por primera vez a oídos de Mr. Hardenburg, éste interrogó a su guía, que era persona muy inteligente, quien le contestó “que los peruanos trataban malísimamente a los indios, azotándolos, mutilándolos y matándolos.” El guía aseguraba además, voluntariamente, que los colombianos no hacían uso de tales prácticas, y trataban siempre a los indios con la mayor benevolencia.

El viajero hace un relato sensacional del rapto de la esposa de Serrano, así como del pésimo trato dado a este colombiano por los peruanos y del robo que éstos le hicieron de mercancías por valor de mil libras esterlinas. “Los indios sabuyanos que Serrano tenía en La Reserva, dice Mr. Hardenburg, nos sirvieron admirablemente, porque eran benévolos, alegres y honrados. Serrano los trataba con tanta bondad, que mereció de ellos el título de padre.”

Cuando llegaron al Putumayo los primeros colombianos, enfermos y sin dinero, fueron cordialmente recibidos por los indios huitotos, quienes les suministraron toda clase de víveres. Mr. Hardenburg declara que los empleados de Serrano dormían en hamacas, en tanto que los desventurados que estaban en servicio de la *Peruvian Amazon Co.* se veían obligados a dormir en el suelo. Los indios emplea-

dos por este colombiano usaban ropa extranjera, como lo hacían también los que estaban al servicio de Ordóñez y Martínez. Esto debe tenerse muy en cuenta, puesto que demuestra que en la misma época en que a pocas millas de distancia se cometían los más atroces crímenes, los pocos colombianos que quedaban en el Putumayo trataban a sus trabajadores con las mayores consideraciones. Prueba de esto es, además, el que Serrano y sus compañeros daban a los indios tiempo suficiente para que cultivaran y cosecharan víveres abundantes, en tanto que los indios que esclavizaba la *Peruvian Amazon Co.* morían muchas veces de hambre.

El autor describe detalladamente los métodos empleados por la Casa Arana Hermanos para depoujar a los colombianos, asesinandolos, robándoles sus esposas y esclavizando sus empleados.

Allí se da cuenta gráfica del ataque verificado contra La Unión en enero de 1908 (1).

Muchas páginas de *El Putumayo* están consagradas a los crímenes terribles cometidos contra los indios; es un libro que debe leerse. De los párrafos que a continuación copiamos, el primero apoya simplemente nuestro argumento principal; el segundo nos da materia para profundas meditaciones, y el tercero, debido a su aplicación personal, impone a la humanidad un deber imprescindible:

(1) Tenemos en nuestro poder gran número de documentos sobre éste y otros puntos, pero como no se refieren directamente al fin que nos proponemos, nos abtenemos de publicarlos.

"En los tiempos en que los colombianos dominaban en esa region, acostumbraban llevar religiosos de Pasto y Mocoa, para que convirtieran a los huitotos y los iniciaran en los caminos y costumbres de la civilizacion cristiana "

"El número de indios disminuye de manera alarmante, y a menos que se haga algo para protegerlos, pronto desaparecera completamente esa noble raza de aborígenes, como ha sucedido con muchas otras en las regiones del Alto Amazonas "

"¡Pueblo de Inglaterra! ¡Pueblo justo y generoso que has sido siempre el centinela avanzado del cristianismo y la civilización, considera a las pobres victimas de esos crímenes inenarrables, libérra a los indios de la cruel esclavitud en que gimen, y castiga a sus opresores! "

Mr. Reginald Enock, en su introducción al relato de Mr. Hardenburg, hace revelaciones importantes. Dice Mr. Enock que el Gobierno del Perú y la prensa de esa República han tenido siempre conocimiento del tratamiento brutal que se daba a los indios, a quienes consideraban como *animales*. Cita un pasaje de un volumen que contiene documentos oficiales referentes al Departamento de Loreto, publicados en 1905, que demuestran el exterminio de los indígenas y la venta y compra que de éstos se hacia como de mercancías ordinarias. Mr. Enock menciona también un número de *El Comercio* de Lima correspondiente a febrero de 1906, en que se dice que el asesinato y la esclavitud son parte integrante de las costumbres del Perú en otras regiones de su territorio. Según el mismo escritor, en la *Revista de Revistas* americana correspondiente a septiembre de 1912, se dice que el Juez Paredes tuvo la osadía inconcebible de manifestar públicamente que las peores atrocidades se debían a la Compañía inglesa cau-

chera. El caso es, como muy inteligentemente lo declara Mr. Enock, que la tal Compañía *fue recibida con los brazos abiertos por el Perú, como garantía segura del dominio del Perú sobre un territorio en litigio*. La introducción nos informa, además, que la producción de caucho en Iquitos, de 1911 a 1912, fue muy superior a la de 1910 a 1911